

vecinos, atraídos del alboroto, y al ver reunida tanta gente, salieron las cuatro mujeres al rellano de la escalera para explicar que aquel sujeto había perdido el juicio, trocándose de la más atenta y comedida persona del mundo, en la más importuna y desvergonzada. Bajó Frasquito renqueando hasta la meseta próxima: allí se paró, mirando para arriba, y dijo: «Ingrata, ingrrrr...» Quiso concluir la palabra, y una violenta contorsión denunció la inutilidad de sus esfuerzos. De su boca no salió más que un bramido ronco, como si mano invisible le estrangulara. Vieron todos que se le descomponían horrorosamente las facciones, los ojos se le salían del casco, la boca se aproximaba á una de las orejas... Alzó los brazos, exhaló un ¡ay! angustioso, y se desplomó de golpe. Á la caída de su cuerpo se estremeció de arriba abajo toda la endeble escalera.

Subiéronle entre cuatro á la casa para prestarle socorro, que ya no necesitaba el infeliz. Reconocióle Juliana, y secamente dijo: «Está más muerto que mi abuelo.»

FINAL

Ejemplo de los admirables efectos de la voluntad humana en el gobierno de las grandes como de las pequeñas agrupaciones de seres, era Juliana, mujer sin principios, que apenas sabia leer y escribir, pero que había recibido de Naturaleza el don rarísimo de organizar la vida y regir las acciones de los demás. Si conforme le cayó entre las manos la familia de Zapata le hubiera tocado gobernar familia de más fuste, ó una insula, ó un estado, habría salido muy airosa. En la insula de Doña Francisca estableció con mano firme la normalidad al mes de haber empuñado las riendas, y todos allí andaban derechos, y nadie se rebullía ni osaba poner en tela de juicio sus irrevocables mandatos. Verdad que para obtener este resultado precioso empleaba el absolutismo puro, el régimen de terror; su genio no admitía ni aun observaciones tímidas: su ley era su santísima voluntad; su lógica, el palo.

Á los caracteres anémicos de la madre y los hijos no les venía mal este sistema, ensayado ya con feliz éxito en Antonio. Tal dominio llegó á ejercer sobre Doña Francisca, que la pobre viuda no se atrevía ni á rezar un Padrenuestro sin pedir su venia á la dictadora, y hasta se advertía que antes de suspirar, como tan á menudo lo hacía, la miraba como para decirle: «No llevarás á mal que yo suspire un poquito.» En todo era obedecida ciegamente Juliana por su mamá política, menos en una cosa. Mandábale que no estuviese siempre triste, y aunque la esclava respondía con frases de acatamiento, bien se echaba de ver que la orden no se cumplía. Entraba, pues, la viuda de Zapata en la normalidad próspera de su existencia con la cabeza gacha, los ojos caídos, el mirar vago, perdido en los dibujos de la estera, el cuerpo apoltornado, encariñándose cada día más con la indolencia, el apetito decadente, el humor taciturno y desabrido, las ideas negras.

Á los quince días de instalarse Doña Francisca en la calle de Orellana, juzgó la mandona que más eficaz sería su poder y mejor gobernada estaría la familia viviendo todos juntos: general y subalternos. Trasladóse, pues, y allá fué metiendo su ajuar humilde, y sus chiquillos, y el ama, para lo cual antes hizo hueco, echando fuera la mar de tiestos y tibores de plantas,

y poniendo en la calle á Daniela, que en rigor no servía más que de estorbo. Á sus funciones de gran canceller agregó pronto las de doncella y peinadora de su suegra y cuñada. Así todo se quedaba en casa.

Pero como no hay felicidad completa en este picaro mundo, al mes, poco más ó menos, de la mudanza, señalada en las efemérides zapatecas por la desastrosa muerte de Frasquito Ponte Delgado, empezó á resentirse Juliana de alteraciones muy extrañas en su salud. La que por su lozana robustez había hecho gala de compararse á las mulas, daba en la tontería de padecer lo más contrario á su natural perfectamente equilibrado. ¿Qué era ello? Embelecocos nerviosos y ráfagas de histerismo, afecciones de que Juliana se había reído más de una vez, atribuyéndolas á remilgos de mujeres mimosas y á trastornos imaginarios, que, según ella, curaban los maridos con *jarabe de fresno*.

Comenzó el mal de Juliana por insomnios rebeldes: se levantaba todas las mañanas sin haber pegado los ojos; á los pocos días del insomnio empezó á perder el apetito, y, por fin, al no dormir se agregaron sobresaltos y angustiosos temores por las noches, y de día una melancolía negra, pesada, fúnebre. Lo peor para la familia fué que con estos alifafes enojosos no se atenuaba el absolutismo gobernante de la

tirana, sino que se agravaba. Antonio le proponía sacarla á paseo, y ella á paseo le mandaba con cien mil pares de demonios. Hízose displicente, y también mal hablada, grosera, insoportable.

Por fin, sus monomanías histéricas se condensaron en una sola, en la idea de que los mellizos no gozaban de buena salud. De nada valía la evidencia de la extraordinaria robustez de los niños. Con las precauciones de que les rodeaba, y los cuidados prolijos y minuciosos que en su conservación ponía, les molestaba, les hacía llorar. De noche arrojábase del lecho asegurando que las criaturas nadaban en sangre, degolladas por un asesino invisible. Si tosían, era que se ahogaban; si comían mal, era que les habían envenenado.

Una mañana salió precipitadamente, con mantón y pañuelo á la cabeza, y se fué á los barrios del Sur buscando á Benina, con quien tenía que hablar. Y por Dios que no gastó pocas horas en encontrarla, porque ya no vivía en Santa Casilda, sino en los quintos infiernos, ó sea en la carretera de Toledo, á mano izquierda del Puente. Allí la encontró después de enfadosas pesquisas, dando vueltas y rodeos por aquellos extraviados caseríos. Vivía la anciana con el moro en una casita, que más bien parecía choza, situada en los terrenos que dominan

la carretera por el Sur. Almudena iba mejorando de la asquerosa enfermedad de la piel; pero aún se veía su rostro enmascarado de costras repugnantes: no salía de casa, y la anciana iba todas las mañanitas á ganarse la vida pidiendo en San Andrés. No sorprendió poco á Juliana el verla en buenas apariencias de salud, y además alegre, sereno el espíritu, y bien asentado en el cimientó de la conformidad con su suerte.

«Vengo á reñir con usted, *señá* Benina—le dijo sentándose en una piedra, frente á la casucha, junto á la artesa en que la pobre mujer lavaba, á respetable distancia del ciego, echadito á la sombra.—Sí, señora, porque usted quedó en ir á recoger la comida sobrante en nuestra casa, y no ha parecido por allí, ni hemos vuelto á verle el pelo.

—Pues le diré, señora Juliana—replicó Nina.—Puede creerme que no ha sido desprecio; no señora, no ha sido desprecio. Es que no lo he necesitado. Tengo la comida de otra casa, con lo cual y lo que saco nos basta; y así, bien puede usted dárselo á otro pobre, y para su conciencia es lo mismo... ¿Qué quiere usted saber? ¿Que quién me da la comida? Veo que le pica la curiosidad. Pues debo esa bendita limosna á D. Romualdo Cedrón... le he conocido en San Andrés, donde dice la Misa... Sí, señora: D. Romualdo, que es un santo, para que lo

sepa... Y ya estoy segura, después de mucho cavilar, que no es el D. Romualdo que yo inventé, sino otro que se parece á él como se parecen dos gotas de agua. Inventa una cosas que luego salen verdad, ó las verdades, antes de ser verdades, un suponer, han sido mentiras muy gordas... Con que ya lo sabe.»

Declaró la ribeteadora que se alegraba mucho de lo que oía referir; y que puesto que Don Romualdo la favorecía, Doña Paca y ella darían sus sobrantes de comida á otros menesterosos. Pero algo más tenía que decirle: «Yo estoy en deuda con usted, Benina, pues *dispuse* que mi madre política, á quien gobierno con una hebra de seda, le señalaría á usted dos reales diarios... Como no nos hemos visto por ninguna parte, no he podido cumplir con usted; pero me pesan, me pesan en la conciencia los dos reales diarios, y aquí se los traigo en quince pesetas, que hacen el mes completo, *señá* Benina.

—Pues lo tomo, sí, señora—dijo Nina gozosa;—que esto no es de despreciar... Vienen á mi estas pesetillas como caídas del cielo, porque tengo una deuda con la *Pitusa*, calle de Mediodía Grande, y lo arreglamos dándole yo lo que fuera reuniendo, y peseta por duro de rédito. Con esto llego á la mitad y un poquito más. Pedradas de éstas me vengan todos los días, señora Juliana. Sabe que se le agradece,

y quiera Dios dárselo en salud para sí, y para su marido y los nenes.»

Con palabra nerviosa, afuente y un tanto hiperbólica, aseguró la chulita que no tenía salud; que padecía de unos males extraños, incomprendibles. Pero los llevaba con paciencia, sin cuidarse para nada de su propia persona. Lo que la inquietaba, lo que hacía de su existencia un atroz suplicio, era la idea de que enfermaran sus niños. No era idea, no era temor: era seguridad de que Paquito y Antoñito caían malos... se morían sin remedio.

Trató Benina de quitarle de la cabeza tales ideas; pero la otra no se dió á partido, y despidiéndose presurosa, tomó la vuelta de Madrid. Grande fué la sorpresa de la anciana y del moro al verla aparecer á la mañana siguiente muy temprano, agitada, trémula, echando lumbre por los ojos. El diálogo fué breve, y de mucha substancia ó miga psicológica.

«¿Qué te pasa, Juliana?—le preguntó Nina tuteándola por primera vez.

—¿Qué me ha de pasar? ¡Que los niños se me mueren!

—¡Ay, Dios mio, qué pena! ¿Están malitos?

—Sí... digo, no: están buenos. Pero á mi me atormenta la idea de que se mueren... ¡Ay, Nina de mi alma, no puedo echar esta idea de mí! No hago más que llorar y llorar... Ya lo ve usted...

—Ya lo veo, si. Pero si es una idea, haz por quitártela de la cabeza, mujer.

—Á eso vengo, *señá* Benina, porque desde anoche se me ha metido en la cabeza otra idea: que usted, usted sola, me puede curar.

—¿Cómo?

—Diciéndome que no debo creer que se mueren los niños... mandándome que no lo crea.

—¿Yo?...

—Si usted me lo afirma, lo creeré, y me curaré de esta maldita idea... Porque... lo digo claro: yo he pecado, yo soy mala...

—Pues, hija, bien fácil es curarte. Yo te digo que tus niños no se mueren, que tus hijos están sanos y robustos.

—¿Ve usted?... La alegría que me da es señal de que usted sabe lo que dice... Nina, Nina, es usted una santa.

—Yo no soy santa. Pero tus niños están buenos y no padecen ningún mal... No llores... y ahora vete á tu casa, y no vuelvas á pecar.»

FIN DE LA NOVELA

Madrid, Marzo-Abril de 1897.

OBRAS DE B. PÉREZ GALDÓS

EPISODIOS NACIONALES

2 PESETAS TOMO

Trafalgar. — La Corte de Carlos IV. — El 19 de Marzo y el 2 de Mayo. — Bailén. — Napoleón en Chamartín. — Zaragoza. — Gerona. — Cádiz. — Juan Martín el Empecinado. — La batalla de los Arapiles. — El equipaje del Rey José. — Memorias de un cortesano de 1815. — La segunda casaca. — El Grande Oriente. — 7 de Julio. — Los cien mil hijos de San Luis. — El Terror de 1824. — Un voluntario realista. — Los Apostólicos. — Un faccioso más y algunos frailes menos.

GRAN EDICIÓN ILUSTRADA

Diez hermosos volúmenes, conteniendo cada uno dos novelas: pesetas 138.

Cuadernos de cuatro pliegos: una peseta.

NOVELAS DE LA PRIMERA ÉPOCA

2 pesetas tomo.

DOÑA PERFECTA. — Un tomo.

GLORIA. — Dos tomos.

MARIANELA. — Un tomo.

LA FAMILIA DE L. ROCH. — 3 tomos.

LA FONTANA DE ORO. — Un tomo.

EL AUDAZ. — Un tomo.

LA SOMBRA. — Un tomo.

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

3 pesetas.

LA DESHEREDADA. — Dos tomos.

EL AMIGO MANSO. — Un tomo.

EL DOCTOR CENTENO. — Dos tomos.

TORMENTO. — Un tomo.

LA DE BRINGAS. — Un tomo.

LO PROHIBIDO. — Dos tomos.

FORTUNATA Y JACINTA. — Cuatro tomos.

MIAU. — Un tomo.

LA INCÓGNITA. — Un tomo.

REALIDAD. — Un tomo.

ÁNGEL GUERRA. — Tres tomos.

TRISTANA. — Un tomo.

LA LOCA DE LA CASA (novela). — Un tomo.

TORQUEMADA EN LA HOGUERA. — Un tomo.

TORQUEMADA EN LA CRUZ. — Un tomo.

TORQUEMADA EN EL PURGATORIO. — Un tomo.

TORQUEMADA Y SAN PEDRO. — Un tomo.

NAZARÍN. — Un tomo.

HALMA. — Un tomo.

MISERICORDIA. — Un tomo.

OBRAS DRAMÁTICAS

2 pesetas.

REALIDAD, drama.

LA LOCA DE LA CASA, comedia.

LA DE SAN QUINTÍN, comedia.

LOS CONDENADOS, drama.

VOLUNTAD, comedia.

DOÑA PERFECTA, drama.

LA FIERRA, drama.

